



Redes intelectuales y proyectos editoriales en América latina

José Luis de Diego¹

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
jdediego25@gmail.com

Resumen: Con el objetivo centrado en la necesidad de superar las barreras nacionales en los estudios sobre historia de la edición, el trabajo se propone, por un lado, una articulación ideológica entre lo que suele caracterizarse como *americanismo*, a menudo simplificado como un humanismo de perfil continental, o de un vago utopismo progresista, que se consolida a partir de la revolución mexicana de 1910 y la reforma universitaria de 1918, y se institucionaliza en partidos como el PRI [Partido Revolucionario Institucional] mexicano y el APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana] del Perú; y el llamado *latinoamericanismo*, sustentado por las llamadas teorías de la dependencia y del subdesarrollo, propiciador del concepto integrador de “Tercer Mundo”, potenciado por la revolución cubana de 1959 y diseminado en numerosas organizaciones a lo largo de nuestro continente –las más emblemáticas, Casa de las Américas, de La Habana, y la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, de Caracas. Por otro lado, una articulación geográfica, que va de la labor intelectual y editorial de los peruanos exiliados en el Chile de los años treinta (en especial, Luis Alberto Sánchez), a los proyectos editoriales que encarnan los uruguayos exiliados en la Venezuela de los sesenta y setenta (en especial, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama). Como dos casos emblemáticos de esta doble articulación, y a partir de sus historias y de la significación cultural de sus catálogos, nos referiremos al *americanismo* de Ercilla y al *latinoamericanismo* de Monte Ávila.

Palabras clave: Editoriales-Intelectuales-Redes-Americanismo

¹ **José Luis de Diego** es Doctor en Letras (UNLP). Es profesor de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria II en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, e investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-Conicet). Ha publicado: “¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?” *Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (2001); *La verdad sospechosa. Ensayos sobre literatura argentina y teoría literaria* (2006); *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (2015). v. como director de volumen: *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (2006; segunda edición ampliada. 2014); *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* (en colaboración con José Amicola. 2008); además de numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Desde 2011 codirige con Silvia Saitta la colección “Serie de los Dos Siglos” para la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). Desde 2014 dirige *Orbis Tertius*, revista académica del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la UNLP. Desde 2015 se desempeña como coordinador de la sección Argentina, y miembro del Comité Asesor en el portal “Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)” / EDI-RED (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes- CSIC). Se ha especializado en temas de historia intelectual, teoría literaria y, en los últimos años, historia del libro y la edición.

Abstract: The aim of this essay is focused on the need to go beyond national barriers in studies on the history of editing. It proposes an ideological articulation between what is usually characterized as *americanismo*, often simplified as a continentally profiled humanism, or a vague progressive utopianism, which consolidates from the Mexican Revolution of 1910 onwards, and the University Reform of 1918, and becomes institutionalized in parties like the Mexican PRI (Institutional Revolutionary Party) and the APRA (American Popular Revolutionary Alliance) in Peru; and so-called *latinoamericanismo*, sustained by so-called dependence and underdevelopment theories, which gave way to an integral concept such as “Third World”, powered by the 1959 Cuban Revolution and was disseminated by numerous organizations throughout our continent—with emblems like Casa de las Américas, in Havana, and the Center for Latin American Studies “Rómulo Gallegos”, in Caracas. On the other hand, a geographical articulation, that goes from the editorial and intellectual labor of Peruvians exiled in Chile in the thirties (especially, Luis Alberto Sánchez), to the editorial projects incarnated by Uruguayans exiled in Venezuela in the sixties and seventies (especially Emir Rodríguez Monegal and Ángel Rama). As two emblematic cases of this double articulation, and taking in consideration their histories and the cultural significance of their catalogues, we will refer to Ercilla’s *americanismo* and Monte Ávila’s *latinoamericanismo*.

Keywords: Editorials-Intellectuals-Networks-Americanism

En julio de 2013 se realizó en Buenos Aires el XVIII Congreso Internacional de Hispanistas. En esa oportunidad, invitado a pronunciar la conferencia de apertura, procuré trazar un panorama sobre los principales proyectos editoriales en América Latina, a partir de un doble recorte: me referí solo al siglo XX, y al libro de literatura; aquella conferencia se publicó con el título “Editores y políticas editoriales en América latina” (*La otra cara de Jano 19-47*). El objetivo que allí perseguía era bien evidente: postular la necesidad de superar las barreras nacionales en nuestros estudios sobre historia de la edición. Esa necesidad partía de mi propia experiencia: de 2006 es la primera edición de nuestro libro *Editores y políticas editoriales en Argentina*, publicado por el Fondo de Cultura Económica. Una y otra vez, durante la escritura de aquel libro, me enfrenté con un clásico problema metodológico: ¿cómo *aislar* a ese objeto, el libro y la edición en Argentina, cada vez más integrado a un mercado mundial? Hablar de ese objeto implicaba una suerte de recorte artificial, ya que, podríamos decir, nuestro libro *se detenía* allí donde el mercado *no se detenía*. Me convencí, entonces, de que era menester ampliar nuestro enfoque y, por ende, complejizarlo, y eso intenté en aquella conferencia. En esta, mi propósito por un lado se diversifica; por otro, se profundiza. Se diversifica porque esta vez incluyo el concepto de redes intelectuales; esto es, conjugo la historia de la edición con la historia de las ideas, lo cual, como sabemos, no tiene nada de original. Y se profundiza porque trataré de evitar el esfuerzo panorámico para focalizar, con más detalle, en un par de casos significativos.²

Americanismo / latinoamericanismo

En primer lugar, procuraré deslindar dos ideologías de un modo elemental, sintético: por un lado, lo que solemos llamar *americanismo*, a menudo simplificado como un humanismo de perfil continental, o de un vago utopismo progresista, que se consolida a partir de la revolución mexicana de 1910 y el movimiento reformista argentino, y se institucionaliza en partidos como el PRI

² Una versión más breve del presente artículo fue leída como conferencia plenaria en el Congreso Internacional “Modernidades excéntricas: ensayo y redes intelectuales en la modernidad hispánica”. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 25 al 27 de octubre de 2017.

[Partido Revolucionario Institucional] mexicano y el APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana] del Perú; por otro, el *latinoamericanismo*, sustentado por las llamadas teorías de la dependencia y del subdesarrollo, propiciador del concepto integrador de “Tercer Mundo”, potenciado por la revolución cubana de 1959 y diseminado en numerosas organizaciones a lo largo de nuestro continente –las más emblemáticas, Casa de las Américas, de La Habana, y la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, de Caracas. Por supuesto, se pueden rastrear los fundamentos políticos de tales ideologías y advertir cómo se va pasando de un socialismo reformista, con componentes más o menos marcados –según los países y regiones– de indigenismo y de nacionalismo; a un socialismo revolucionario que convocaba a la lucha por el poder por la vía armada en un proceso vertiginoso de radicalización política que ocupa las décadas de los sesenta y setenta. Sin embargo, cuando el objetivo que perseguimos es poner en relación redes intelectuales con proyectos editoriales, resultan más pertinentes conceptos amplios y abarcativos, como americanismo, y no específicos y más restringidos, como socialismo reformista –aunque existen, claro está, sólidos proyectos editoriales ligados a partidos políticos de nítido encuadre ideológico. La amplitud de los conceptos, no obstante, no atenúa su operatividad ni su vigencia. Solo a manera de ejemplo, una breve anécdota. Hacia mediados de los noventa estábamos discutiendo la reforma del plan de estudios de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata. Susana Zanetti, una de las más brillantes americanistas que dio nuestro país, insistió en que las asignaturas que se llamaban Literatura Hispanoamericana debían llamarse Literatura Latinoamericana; esa actitud no tenía que ver con recortes de sentido –qué abarca lo “hispano”, qué abarca lo “latino” –, sino que constituía una afirmación generacional e ideológica, diríamos *latinoamericanista*. Lo que me interesa analizar es, entonces, la centralidad de algunos emprendimientos editoriales en la difusión y consolidación de idearios específicos; no en el sentido de que tal o cual editorial fue el *instrumento* de esa doctrina, sino en el sentido inverso: la doctrina existió para la comunidad lectora gracias a la visibilidad que le otorgó tal o cual editorial, lo que equivale a decir más o menos lo mismo, pero metodológicamente hay que recorrer otro itinerario. Por ejemplo, no limitarse al análisis del catálogo y estudiar también

las políticas comerciales de expansión americanista de los sellos más influyentes; quiero decir: no solo considerar el americanismo como un conjunto de ideas, sino también como una operación que incluye el impacto cultural y la proyección comercial de determinados catálogos en nuestro continente. Quizás una aproximación a la historia y al catálogo del Fondo de Cultura Económica de México permita ver más de cerca el deslinde que procuro trazar.

No voy a reseñar los orígenes y desarrollo del Fondo porque son harto conocidos (Díaz Arciniega; Sorá, *Editar desde la izquierda* 53-99), sino focalizar en el ideario que diseña y construye. En la “Nota preliminar” del Catálogo general de 1964 se exhiben con orgullo las cuatro líneas directrices que guiaron la trayectoria del Fondo: 1) se trata de una institución de bien público, de servicio cultural (es decir, sin fines de lucro); 2) conserva una ética editorial (no atada a las modas comerciales, ni a las demandas primarias del mercado); 3) “aspiración humanista”; 4) vocación americanista (“fidelidad a la significación, perdurable y potencial, de Iberoamérica”). Toda vez que se ha hecho referencia al americanismo del Fondo se ha señalado, y con muy buenos argumentos, la importancia y trascendencia de su catálogo. Analizados los dos catálogos-libro que el Fondo publicó en 1955 y en 1964 (en las respectivas celebraciones de sus veinte y treinta años de vida), se advierte un itinerario que podría sintetizarse en tres etapas o momentos (Sorá *Editar desde* 59-70):

* la primera, ligada al proyecto original de Cosío Villegas desde la Escuela de Economía, privilegia las colecciones de economía y sociología, con una vocación de modernización del pensamiento y de introducción, para América latina, de las novedades intelectuales del mundo;

* la segunda responde acabadamente al proyecto americanista, representado por el lanzamiento de la colección Tierra Firme en 1944 (“una hora de la conciencia hispanoamericana”; en el catálogo de 1955 se registran 57 títulos y 5 volúmenes especiales), de la Biblioteca Americana en 1947 (36 títulos para el 55; luego el ritmo de la colección se desacelera) y Letras Mexicanas en 1952 (que se inicia con el lanzamiento de la *Obra poética*, de Alfonso Reyes);

* la tercera, a la que podríamos llamar de popularización, corresponde a la centralidad de colecciones de bolsillo y más accesibles al gran público, como

Breviarios (se inicia en 1948; para el 64, se habían publicado 175 títulos) y la Colección Popular (se lanza en 1959; en el catálogo del 64 ya registra 50 títulos).

Como se ve, es durante la segunda y tercera etapas, desde mediados de los cuarenta, cuando el americanismo se acentúa. Sin embargo, es posible brindar otra mirada sobre el americanismo del proyecto editorial, focalizando en las políticas de expansión e intercambio comercial, en el marco de las migraciones políticas e intelectuales de nuestra América y de los vaivenes económicos que fueron modificando su fisonomía. Según lo ha sugerido Gustavo Sorá (*Editar desde la izquierda...* 73 y ss.), fue con la colección Tierra Firme que el Fondo encontró el vehículo de difusión y unificación simbólica del ideario americanista. Mediante la colección, Cosío fue afianzando un género a medio camino entre la historia, el ensayo y la literatura que será, con el tiempo, fácilmente identificable como una marca distintiva del sello. Acaso *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, el clásico ensayo de Ezequiel Martínez Estrada de 1948, represente uno de los mejores ejemplos de ese género y de esa marca. En una carta de diciembre de 1941, Cosío sostiene “que los libros deben ser escritos en un lenguaje llano, y en un estilo literario tan atractivo como sea posible, sin aparato documental o erudito alguno y el autor debe ponerse en el lugar de reconocer que sus lectores ignoran antecedentes o consecuentes de lo que él habla”; y agrega más adelante: “Ya sabe usted que la empresa, más que de una importancia comercial, lo es moral” (citado por Sorá, *Editar desde la izquierda...* 88). Sin embargo, los textos de Cosío de fines de los cuarenta demuestran que también había que dar una batalla comercial para desarrollar un espacio americano. En una conferencia pronunciada en la UNAM en 1947, minimiza el impacto de la Guerra Civil española en el despertar editorial de los principales centros americanos:

Mucho más importante fue que para esas fechas principiaban a recogerse los frutos de la acción educativa más vieja y pausada en Chile y Argentina, o la más reciente pero vigorosa de México... (“La industria editorial y la cultura” 9).

Y dos años después, en 1949, da a conocer un artículo que desde su título, provocativo y ambicioso, discute centralmente cuál era, en aquella coyuntura, el

meridiano editorial en lengua española: “España contra América en la industria editorial”. Allí afirma:

La guerra civil hizo emigrar a América a algunos intelectuales españoles que encontraron pronto acomodo como valiosos colaboradores de las nuevas editoriales hispanoamericanas; emigraron a América, asimismo, algunos trabajadores gráficos pero, sobre todo, elementos directivos de la industria editorial española que se pusieron al frente de editoriales americanas. Contra estos hechos, de cuya gran significación no es posible dudar, están otros en los que poca o ninguna influencia pudo haber tenido la guerra civil española. Ni en la Argentina misma, en donde las empresas editoriales proliferaron de modo desconcertante, se dio el caso de un solo taller de imprenta fundado por los exiliados políticos españoles; lo mismo, exactamente, ocurrió en Chile y en México. Esto quiere decir que toda la industria de artes gráficas en que se apoyó la nueva industria editorial latinoamericana existía íntegra antes y que los nuevos talleres que se fundaron (varios en la Argentina, y no más de tres en México) son de nacionales latinoamericanos (61).

No resulta demasiado difícil refutar la enfática afirmación de Cosío; por lo visto, sus desmesurados argumentos solo buscaban discutir la hegemonía de España – claro está, en 1949, en el período más bajo de producción de libros en la península. Lo que quiero decir es que el americanismo ya se puede encontrar en el catálogo, pero también en las batallas ideológicas y en la lucha por la hegemonía en un mercado específico. En este sentido, la posición de Cosío tuvo su equivalencia en las decisiones políticas y comerciales que se fueron tomando desde el Fondo. Se abrió una sede en Buenos Aires en 1945 (y se encargó su dirección, como es sabido, a Arnaldo Orfila Reynal); y siguieron: en Santiago de Chile en 1954, en Madrid en 1963 (con la lúcida dirección de Javier Pradera), en Caracas en 1974, en Lima en 1975. Los catálogos antes mencionados marcan una diferencia entre “sucursales” y “representaciones”, pero es posible advertir que en algunos casos lo que era una mera “representación” con los años se transformó en “sucursal”; así, el catálogo de 1955 menciona las de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España, Perú y Uruguay; el del 1964 añade la de Venezuela. Cuando en 1948 se hace cargo de la dirección del Fondo, Orfila Reynal reforzará el proyecto de Cosío acentuando, como ya hemos dicho, el carácter más masivo de las colecciones que lanza, como Breviarios y la Colección Popular.

Sobre la Editorial Ercilla

La evolución de la editorial Ercilla es menos conocida. Bernardo Subercaseaux le dedicó unos párrafos en su historia del libro en Chile (112-116) y los estudiosos del APRA peruano, como Ricardo Melgar Bao y Martín Bergel, se han detenido en el proyecto editorial en tanto formación ideológica que proyecta y materializa el pensamiento de los principales referentes del movimiento. Pero el documento de mayor interés lo constituyen las memorias de Luis Alberto Sánchez, quien fuera director de Ercilla durante parte de su exilio chileno; *Visto y vivido en Chile* se publicó en 1976, y se abre con una dedicatoria a su amigo Pablo Neruda, ya fallecido.³ El Chile de los años treinta hasta mediados de los cuarenta albergó una intensa vida política, intelectual y artística; en un par de ocasiones, Sánchez utiliza la metáfora del “oasis” para los exiliados de países hermanos que encontraron allí su lugar de refugio. La nómina de los intelectuales que temporariamente recalaron en Santiago por aquellos años llama la atención si tenemos en cuenta su proyección futura:

De ese Santiago agitado y cosmopolita salieron varios presidentes de la República de diversos países del mundo: [Rómulo] Betancourt, [Alfonso] López Michelsen, [Hernán] Siles Suazo, [José María] Velazco Ibarra, Bonilla, [Víctor] Paz Estenssoro y cuántos se me olvidan. Y Rectores, legisladores y hasta Dictadores. Chile era una caldera hirviente. Y al mismo tiempo –oh, paradoja– un oasis sombreado y fresco (87).

La editorial Zig-Zag se fundó en 1905 y su principal referente fue Guillermo Helfmann, un inmigrante alemán que había sido administrador de *El Mercurio*; y Ercilla se fundó en 1928: ambas son los vértices más visibles de aquel período floreciente. Algunas peculiaridades caracterizaron la labor editorial en Ercilla. Si bien el principal socio capitalista y presidente del directorio era un chileno de alcurnia, don Ismael Edwards Matte, y el “factótum” de la editorial era un argentino, Laureano Rodrigo; desde fines de 1934 (Sánchez ingresó a Ercilla el 17 de diciembre) los exiliados peruanos del APRA fueron ocupando lugares importantes y estratégicos en la conducción de la empresa. La lectura que el

³ “Después de leer tu libro póstumo *Confieso que he vivido*, memorial fino, profundo, cosmopolita, provinciano e incompleto, sentí más la urgencia de escribir y publicar el libro que tú quisiste de mí. Helo aquí, Pablo, desprovisto de retórica y de hipocresía” (12).

propio Sánchez hace de esa presencia resulta verosímil: ni la dirección de Ercilla tenía una especial simpatía ideológica por el APRA, ni los peruanos se propusieron hacerse progresivamente del control del sello; ocurrió que los intelectuales peruanos resultaban eficientes en el trabajo y se les podía pagar menos, porque, en situación de exilio, necesitaban imperiosamente conseguir un sustento de vida. De manera que por allí pasaron, además de Sánchez, Manuel Seoane –quien fuera director de la popular revista *Ercilla*–, Ciro Alegría –allí se publicó, en 1941, la primera edición de *El mundo es ancho y ajeno*–, Juan José Lora, Luis López Aliaga, Bernardo García Oquendo y Pedro Muñiz, todos ellos vinculados al APRA. Una vez que se asentaron en la editorial, debieron soportar los embates de sectores nacionalistas que se referían al sello despectivamente como “una editorial peruana”. En una conocida síntesis, Sánchez afirma que “Chile empezaba a ser un centro editorial. Publicaba mucho, aunque mal” (33). Lo curioso es que ese diagnóstico, según la mirada del memorialista, tenía un alcance autocrítico: también incluía a Ercilla. La conducción editorial imprimió un ritmo vertiginoso; el objetivo de editar un título por día los llevó a contar, hacia fines de 1936, con 800 títulos en el catálogo. Era, además, y diríamos que principalmente, una editora de revistas, entre las que sobresalían *Hoy*, a cargo de Edwards Matte, y *Ercilla*, dirigida por Seoane; así, podemos conjeturar que la edición de libros estuvo contagiada por el ritmo de las revistas. En ese vértigo había que hacer de todo, y es frecuente en los testimonios el recuerdo de Ercilla como un lugar de intenso aprendizaje. “Mucho, aunque mal”, dice Sánchez, y alude a que la cantidad conspiraba contra la calidad: Ercilla parece reproducir los males de las editoriales americanas de gran alcance popular que, en la voluntad de lograr una llegada mayor, descuidan la calidad de los productos. Traduciendo contra reloj sin los controles necesarios, editando autores extranjeros sin pagar derechos (se la acusaba de tener numerosas ediciones piratas), retribuyendo a sus trabajadores con salarios magros, Ercilla tuvo su momento de auge entre 1935 y 1937; en 1938, con el alejamiento de Rodrigo y la llegada de un gerente belga, comenzó, según Sánchez, la decadencia del sello: “El ritmo de ediciones se hizo más lento: dos libros por semana. Se aumentaron los precios, se mejoró la presentación. Se melló el vínculo fraternal que nos reunía a chilenos, peruanos, españoles y otras

nacionalidades en las tareas y esparcimientos ercillescos” (47). Resulta evidente que para Sánchez, conspicuo dirigente del APRA, sus intereses empezaban a ser diferentes a los de la empresa, y el precario equilibrio entre proyecto intelectual y objetivos comerciales comenzó a agrietarse.

El catálogo de Ercilla revela, como muchas empresas editoriales de los treinta, un carácter ecléctico: existen unos pocos títulos que suelen citarse como representativos y cientos de otros que completan un listado misceláneo y de perfil comercial. El sector del catálogo más reseñado corresponde precisamente a los libros apristas: *El antimperialismo y el APRA* y *Excombatientes y desocupados* de Víctor Raúl Haya de la Torre, *Nuestra América y la guerra* de Manuel Seoane, *Pueblo continente* de Antenor Orrego, *Penetración imperialista* de Pedro Muñoz y Carlos Manuel Cox, entre otros. A los que deben añadirse los numerosos títulos de Sánchez, como *Panorama de la literatura actual*, *Haya de la Torre o el político*, *Vida y pasión de la cultura en América*. En muchos casos, se trata de textos militantes, de divulgación y debate, que buscaban cauce en Ercilla, pero también lo hacían en Buenos Aires, a través de Claridad o Gleizer, y en otras capitales americanas. Respecto de títulos específicamente literarios de autores locales, el análisis del catálogo, y de las trayectorias editoriales de los escritores, confirma el panorama trazado por Sánchez. Muchos de los autores iniciaron su carrera a través de Nascimento, la editorial identificada con la vanguardia literaria chilena;⁴ aparecieron, en los años de auge, algunos títulos en Ercilla, y después de 1938 ya buscaron otros rumbos. El caso más conocido es el de Neruda, que después de pasar por Nascimento con títulos como *Veinte poemas de amor...* y *Tentativa del hombre infinito*, cedió ante la insistencia de Sánchez y publicó en Ercilla *España en el corazón* en 1937, y poco después comenzó a publicar regularmente en Losada. Algo parecido ocurrió con la obra del novelista y cronista Joaquín Edwards Bello: desde los años veinte y en adelante dio a conocer numerosos títulos en Nascimento y su obra de madurez se publicó en Zig-Zag; sin embargo, entre 1934 y 1935 tres de sus títulos fueron editados por Ercilla. Similar itinerario se advierte en la obra de Benjamín Subercaseaux, de José Diez Canseco –Ercilla logra editar

⁴ Según Subercaseaux, Nascimento llegó a publicar 70 títulos de autores nacionales por año (112).

Duque, su novela más conocida, en 1934–, e incluso del notable poeta Vicente Huidobro. En este sentido, las memorias de Sánchez, que nunca caen en la seducción de la egolatría, nos dicen la verdad: los años de auge del sello coinciden con su labor como vicedirector y luego como director: la mayor inserción de Ercilla en las redes artísticas e intelectuales chilenas y latinoamericanas tuvo que ver con las relaciones personales que Sánchez fue armando trabajosamente con escritores, ensayistas y poetas. Por otro lado, buena parte del catálogo incluye literatura traducida en la que conviven algunos clásicos *modernos*, como Thomas Mann, Virginia Woolf y André Malraux con *best sellers* de aquellos años como Margaret Mitchell y Pearl S. Buck.

El argumento de Cosío Villegas que hemos comentado parece adecuarse mejor a la evolución editorial chilena que a la argentina y mexicana; en Chile, la consolidación de las empresas más importantes es anterior a la Guerra Civil de España y la llegada de exiliados tiene un impacto menor en el mundo del libro. Por esta razón, Castillo García ha afirmado que “Chile no supo o no pudo aprovechar la llegada de los españoles al país” (197). En este sentido, suelen mencionarse a Joaquín Almeyda –quien llegó a Valparaíso en el legendario buque Winnipeg en 1939, y fue el creador de la librería y editorial Orbe– y a Arturo Soria, fundador de la editorial Cruz del Sur, un sello en origen pequeño que dio a conocer la primera edición chilena de *Altazor*. No obstante, si tomamos en cuenta su proyección continental, Ercilla –aunque de catálogo más ecléctico y menos programático– tuvo idéntica vocación que el Fondo: a partir de 1936 comenzó a abrir sucursales en Caracas, Buenos Aires, México, San José, Montevideo y tuvo agentes en las principales ciudades del continente (43).⁵ Ahora bien, esta notable coyuntura intelectual que se dio en Santiago de Chile entre los treinta y los cuarenta, como otras que se pueden detectar, según veremos, en Nuestra América, parecen confirmar supuestos metodológicos largamente reseñados (de Diego, “Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos”): más allá de las variables cuantitativas que tienen que ver con una coyuntura económica favorable, es necesario detenerse en variables cualitativas que resultan decisivas al momento

⁵ Al listado de sucursales que enuncia Sánchez, Subercaseaux añade Cuba y Colombia (113).

de evaluar el período: la situación de Santiago como refugio de exiliados, el florecimiento de círculos intelectuales y artísticos, la vigorosa vida cultural, la gran capacidad de circulación de ideas y libros en otros centros intelectuales del continente, la iniciativa de notables editores como Luis Alberto Sánchez, hicieron de ese lugar y de aquellos años un foco de interés muy significativo para la historia de la edición.

Algunas hipótesis sobre Sudamericana

A diferencia del Fondo y de Ercilla, Sudamericana de Buenos Aires no fue una editorial a la que podamos atribuir el mote de americanista. A poco de ser fundada, y luego de una serie de traspies económicos, se hicieron cargo de la empresa Antonio López Llausás y Julián Urgoiti, dos españoles que contaban ya con experiencia en el mercado del libro. Consultado un catálogo de 1945, se contabiliza un número llamativo de títulos traducidos –en especial, en la conocida colección Horizonte– y se observa una voluntad de combinar nombres consagrados de la literatura con episódicos éxitos de venta. A diferencia de Losada y Espasa-Calpe Argentina, no hay, en el catálogo de Sudamericana, una llamativa presencia de autores españoles. En los años cuarenta, lo moderno en cultura se identificaba con lo anglosajón y en Sudamericana se nota esa voluntad de modernidad; un sello actual, ecléctico y comercialmente sólido; en el país, se relacionó desde sus inicios con la vanguardia del grupo Sur, una elite muy atenta a lo producido en el exterior y cuyo americanismo tuvo características diferentes al que por los mismos años se difundía desde el Fondo y Ercilla (Sarlo, Gramuglio). Por su parte, Gloria López Llovet comenta que su abuelo, López Llausás, acaso temeroso por “el advenimiento del peronismo” (43) decidió abrir dos sedes en el extranjero; así nacieron, a fines de los cuarenta, una filial en México a la que llamó Hermes y otra en Barcelona: Edhasa. En rigor, se trataba de casas distribuidoras de Sudamericana, aunque en el caso de Hermes ya había publicado libros con ese sello.

Pero, además, y confluente que lo que venimos diciendo, hay otro hecho relevante en el diseño del catálogo de Sudamericana. En esos mismos años, fines

de los cuarenta, la editorial publicó *El túnel* de Ernesto Sabato y *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal; y solo tres años después, *Bestiario* de Julio Cortázar y *Misteriosa Buenos Aires* de Manuel Mujica Láinez. No sabemos por qué la editorial comenzó a apostar más fuerte por la literatura nacional, prácticamente ausente en el catálogo de 1945; pero podemos conjeturar una hipótesis: a medida que se iban perdiendo mercados externos por la creciente recuperación de la industria española, algunos sellos, y en especial Sudamericana, empezaron a apuntar al creciente mercado interno como estrategia de supervivencia –sobre todo cuando España deja de importar masivamente libros desde Argentina. De manera que si el americanismo fue, para los años treinta, una opción ideológica, este nuevo americanismo de los cincuenta es más bien una alternativa comercial; y, en esta precisa coyuntura, Sudamericana hizo, como suele decirse, de la necesidad una virtud. Podemos señalar, entonces, una suerte de paradoja: que la editorial que protagoniza la recuperación del mercado interno y da visibilidad al inicio del llamado *boom* de la narrativa latinoamericana no se identificaba con otros sellos, como Losada y Claridad –concebidos sobre todo como proyectos culturales–, sino más bien que descubre ese camino como parte de un oportuno golpe de timón comercial. Pero es una paradoja aparente, porque el americanismo tradicional podía representar, en un mercado como el porteño, algo residual; en tanto el nuevo latinoamericanismo irrumpía con la fuerza del juvenilismo, lo transgresor y lo genuinamente actual, como si se tratara, en verdad, de una nueva vanguardia. En otro lugar he procurado demostrar cuáles fueron las razones de la pérdida de la centralidad de Losada en el mercado argentino (*La otra cara de Jano* 141-164): acaso una concepción estética demasiado estrecha o conservadora por parte de quienes tomaban las decisiones fueron dejando a la editorial al margen de los procesos de renovación literaria. Sudamericana, en este sentido, representa la contracara: la participación directa de Francisco Porrúa –uno de los más notables editores de nuestro país– en la elaboración del catálogo fue confirmando el aserto de la mirada hacia lo nuevo, y lo nuevo tuvo, por aquellos años, el sello de lo latinoamericano; se iniciaba, de este modo, un proceso de captación de autores y obras que le permitirá colocarse en el centro de la escena ya entrados los años

sesenta, como lo confirman los llamativos índices de venta de novelas emblemáticas del período: *Sobre héroes y tumbas* (Ernesto Sabato, 1961), *Rayuela* (Julio Cortázar, 1963), *Cien años de soledad* (Gabriel García Márquez, 1967), *Boquitas pintadas* (Manuel Puig, 1969), entre otras.

Hemos hablado de la expansión del Fondo de Cultura Económica, a partir de 1945, hacia el sur y hacia España; también de las sucursales y representaciones que fue abriendo Ercilla desde fines de los treinta, y de Hermes y Edhasa, las subsidiarias de Sudamericana fundadas a fines de los cuarenta. Expansión e intercambio que tienen una doble faz: por un lado, la labor fundamental de editoriales latinoamericanas en la superación de las fronteras nacionales de nuestras literaturas –conexiones rizomáticas que desmienten la insistencia de buena parte de la bibliografía peninsular en privilegiar la centralidad catalana en el descubrimiento de la literatura latinoamericana para los latinoamericanos–; por otro, la conformación de sólidas redes intelectuales: a medida que uno va rastreando las historias nacionales del libro y la edición, resulta evidente que todas se encuentran atravesadas por una realidad continental de editores migrantes, intelectuales y escritores nómades, dictaduras que expulsan a sus mejores hombres quienes, a su vez, *contaminan* los países hermanos.

Sobre Monte Ávila y la Biblioteca Ayacucho

Hace casi veinte años, Susana Zanetti advertía sobre las dificultades que deben sortearse para constituir un canon latinoamericano; y en esa labor, para fijar y estabilizar un canon para el continente, nada más necesario que una biblioteca. Zanetti destaca dos célebres y necesarios antecedentes en esta tarea: La Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, que proyectó, aunque no alcanzó a dirigir, Pedro Henríquez Ureña; y la Biblioteca Ayacucho, que diseñó y dirigió hasta su muerte Ángel Rama. Y esta mención de la notable colección de Rama nos transporta a otro núcleo de interés y condensación de significaciones en la historia de la edición: me refiero a la Venezuela de fines de los sesenta y los setenta. Venezuela sufrió dictaduras que llevaron al exilio a intelectuales y escritores; de hecho, en el Chile de los treinta que reseñamos más arriba recalaron

Rómulo Betancourt, Juan Oropeza, Mariano Picón Salas,⁶ entre otros que huían de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Pero aquella Venezuela de la diáspora se transformó, ya en los sesenta, en tierra de acogida. Si fijamos nuestra atención, una vez más, en las redes intelectuales que superaron las barreras nacionales y encarnaron en proyectos editoriales, así como nos detuvimos en el exilio peruano en el Santiago de Ercilla y Nascimento, es menester detenernos ahora en el exilio uruguayo en Caracas.

En su conocido “Diario de Caracas”, de 1967, el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal anota en el 13 de agosto, su último día:

Me acompañan al aeropuerto Simón Alberto y Guillermo Sucre. Allí terminamos de hablar de un gran proyecto en que está comprometido ahora el INCIBA: una editorial venezolana modelada sobre el Fondo de Cultura Económica de México y la Editorial Universitaria de Buenos Aires. Se llamará Monte Ávila y tendrá a Benito Milla, de la editorial uruguayo Alfa, como gerente; el asesor literario será Sucre. Se proyectan varias colecciones venezolanas, latinoamericanas e internacionales; se piensa publicar una cantidad no inferior a cincuenta títulos, con un total de 200.000 ejemplares por año. Creo que Venezuela es uno de los lugares más estratégicos para una empresa de esta índole. A mitad de camino entre las grandes industrias editoriales del Norte (Estados Unidos y México) y las del Sur (Río de la Plata y Chile), Venezuela tiene un papel muy importante que cumplir en la zona grancolombiana, y la gente del INCIBA parece dispuesta a cumplirlo. Ya sabía por Milla del proyecto pero me alegra mucho enterarme ahora que empieza a funcionar en octubre (634).

Expliquemos el alcance del testimonio: el gobierno de la Acción Democrática tomó la iniciativa de crear un sello editorial del Estado y encomendó la tarea a Simón Alberto Consalvi, quien estaba al frente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA); en esa dirección, las dos decisiones del INCIBA son particularmente significativas: por un lado, tomar como modelos a dos destacados emprendimientos (el FCE y Eudeba) que tienen participación estatal pero un alto grado de autonomía; por otro, involucrar en el proyecto a dos figuras del mundo editorial y académico de Uruguay, como Milla y Rodríguez Monegal. De manera que en la génesis de Monte Ávila se observa una saludable actitud de apertura: en

⁶ En el capítulo “En la ‘fértil provincia señalada’” de su *Viejos y nuevos mundos*, Picón Salas rememora sus años de exilio en Chile (571-579).

inspirarse en modelos externos reconocidos y exitosos, y en convocar a hombres de experiencia editora, aunque fuesen extranjeros. La iniciativa –junto a la que algunos años después dio origen a la Biblioteca Ayacucho– configura lo que Arráiz Lucca llamó el “Estado editor” (256), un modelo muy propio de Venezuela que se diferencia ostensiblemente de tradiciones más identificadas con las empresas privadas, como en Colombia y en Chile.

Por su parte, la diáspora uruguaya comenzó durante la corta presidencia de Óscar Gestido y se acentuó a partir de 1967, durante la gestión de Jorge Pacheco Areco; ante el crecimiento de la resistencia social y de la acción de las organizaciones guerrilleras, Juan María Bordaberry ejecutó un autogolpe de Estado cívico-militar en 1973 y se erigió en presidente de facto; a lo largo de ese convulsionado período, numerosos intelectuales y escritores debieron abandonar el país. Alejandra Torres ha reconstruido el itinerario editorial de Benito Milla, un inmigrante alicantino que recaló primero en Buenos Aires, pero debido a su actividad libertaria y antiperonista debió radicarse en Montevideo; allí, en 1958, editó el primer libro con el sello Alfa. A través de sus nueve colecciones, en especial en Carabela, Alfa dio a conocer lo mejor y más novedoso de la literatura oriental. Durante los primeros años, Ángel Rama acompañó a Milla en su “aventura” editorial; en 1960, dirigía la colección Letras de Hoy y allí trabajó dos años: en esa colección se publicaron en total diez libros de autores nacionales –dos de ellos, Juan Carlos Onetti y Felisberto Hernández, clásicos contemporáneos de Uruguay, fueron relanzados en ediciones de mayor llegada al público. A partir de esta experiencia del mundo editorial, y de su continua tarea como prologuista, Rama sentará las bases de la Editorial Arca, la otra editorial montevideana emblemática de aquella época, que surge poco tiempo después, a comienzos de 1962. Alfa y Arca, entonces, marcaron el ritmo del mercado del libro literario en Uruguay, dieron respuesta a la avidez de una clase media en ascenso, actualizaron sus catálogos con las nuevas tendencias en literatura y crearon las condiciones de posibilidad para el surgimiento y afirmación de una generación de jóvenes como Eduardo Galeano, Juan Carlos Legido, Mario César Fernández y Cristina Peri Rossi. En 1966, y como consecuencia de las turbulencias políticas que sacudían a Uruguay, Milla fundó, con Héctor A. Murena, la Editorial Alfa Argentina, y ese mismo año emigró

a Venezuela; su hijo Leonardo quedó a cargo de Alfa uruguaya y argentina. Por entonces, Emir Rodríguez Monegal se había embarcado en el proyecto de la revista *Mundo Nuevo*; como director de la publicación entre 1966 y 1968, estuvo en el centro de un conflicto ideológico que suele sintetizarse como “guerra fría cultural”; según ha demostrado María Eugenia Mudrovcic, el conflicto tuvo uno de sus momentos críticos en la entrega del premio Rómulo Gallegos a *La casa verde* de Mario Vargas Llosa en 1967, precisamente el episodio que reseña Rodríguez Monegal en su ya citado “Diario de Caracas”.⁷

Ahora volvamos a Monte Ávila, fundada en Caracas en 1968. En su estupendo catálogo se advierte una tensión que puede haber derivado en los disensos internos que llevaron a la renuncia de Milla en 1970. Por un lado, si se trataba de una editorial venezolana, financiada con fondos públicos, debía otorgar un lugar visible a la literatura del país. Por esa razón, allí conviven clásicos del siglo XIX (Eduardo Blanco, Manuel V. Romero García), autores del pasado reciente más o menos consagrados (Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Arturo Uslar Pietri, Antonia Palacios, Salvador Garmendia, Vicente Gerbassi, Alfredo Armas Alfonzo); escritores emergentes (Eduardo Sifontes, Laura Antillano, Rafael Zárraga, Oswaldo Trejo), poetas (Hesnor Rivera, Francisco Pérez Perdomo) y dramaturgos (Rafael Santana). Por otro, se pone en marcha un notable proyecto de modernización teórica y cultural, con un conjunto de títulos que abarcan los temas de la agenda de fines de los sesenta (polémicas en el seno del marxismo, industrias culturales, drogas, sexualidad, arte y sociedad) mediante firmas que irán ocupando un lugar central en los debates ideológicos y estéticos. A manera de ejemplo, mencionaré algunos títulos: *La Ilustración y la sociedad actual* de Lucien Goldmann (1968), *El libro que vendrá* de Maurice Blanchot (1969), *Intervenciones. Nueve modelos de crítica* de Theodor Adorno (1969), *Orden y caos* de Urs Jaeggi (1969), *Una vida violenta* de Pier Paolo Pasolini (1969), *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos* de Walter Benjamin (1970), *La muerte de la tragedia* de George Steiner (1970), *Ya no es posible callar* de Roger Garaudy (1970), y más adelante, Harold

⁷ Sobre la “guerra fría cultural” en América latina, pueden consultarse, además de Mudrovcic, a Claudia Gilman (*Entre la pluma y el fusil*) y Gustavo Sorá (“Edición y política...”).

Bloom, Jean Baudrillard, Leszek Kolakowski, Bernard Henri-Lévy, Gaston Bachelard...⁸

Una mención especial merece el interés que prestó la editorial en propiciar la crítica literaria latinoamericana: tempranamente editó dos trabajos ya canónicos, *Borges el poeta* de Guillermo Sucre (1968) y *El otro Andrés Bello* (1969), el elaborado estudio de Rodríguez Monegal; años después, *Rufino Blanco Fombona íntimo* de Ángel Rama (1975) y *El espejo hablado*, el pionero análisis de *Cien años de soledad* de Suzanne Jill Levine (1975). Según lo adelantamos, en 1970 Milla dejó Monte Ávila tras una fuerte polémica por discrepancias con la política editorial marcada por el nuevo gobierno, que consideraba inadecuado su programa de publicación de autores extranjeros. Además, como también ocurrió en el FCE respecto de Orfila, con el tiempo cierto provincianismo caraqueño (del que solía renegar Ángel Rama en su *Diario*) comenzó a cuestionar las figuras extranjeras al frente de un sello del Estado. Fundó entonces en 1971, con Miguel Otero Silva y también en Caracas, la editorial Tiempo Nuevo. En 1974, con la gestión presidencial de Carlos Andrés Pérez, regresó a Monte Ávila como director general, pero, ante los cambios políticos tras la muerte del Franco, unos años después decidió regresar a España para fundar y dirigir, a partir de 1980, la Editorial Laia de Barcelona.

Sabemos que en los días de julio-agosto de 1972 que Rodríguez Monegal refiere en su “Nuevo diario de Caracas” Ángel Rama estaba en Venezuela; de hecho, sus intervenciones en el Coloquio del Libro organizado por el INCIBA motivaron largos comentarios críticos de Monegal, con duras referencias a su para entonces ya irreconciliable compatriota: incoherencias, agresividad, vedetismo... (Gilman, “El factor humano y una rivalidad histórica...”). Y fue entonces en Venezuela donde sorprendió a Rama el golpe de Estado en su país de junio de 1973, de manera que lo que era una estadía de trabajo se convirtió en un exilio duradero. Según el propio Rama, el proyecto original de una biblioteca latinoamericana de grandes

⁸ Gustavo Valle, a partir del testimonio de Juan Liscano (presidente del sello entre 1979 y 1984), destaca el papel relevante que jugaron los traductores argentinos en Monte Ávila: Héctor Murena, Roberto J. Vernengo, Norberto Silveti Paz, Alberto Girri, Hugo Gola, Attilio Dabini, Enrique Revol, Héctor Libertella, Enrique Pezzoni, entre otros.

obras lo elaboró con el filósofo mexicano Leopoldo Zea y en su concreción tuvo participación directa el abogado venezolano José Ramón Medina, quien había estado ligado a Monte Ávila. En septiembre de 1974, el presidente Pérez firmó el decreto de creación de la Biblioteca Ayacucho; en ese año y en 1975 se realizaron reuniones preparatorias con intelectuales y especialistas de América latina, y el 8 de junio de 1976 salió de la imprenta el primer título, *Doctrina del Libertador* de Simón Bolívar. El ritmo de los primeros años –según queda registrado en el *Diario de Rama*– fue vertiginoso: en 1977, 1978 y 1979, se publicaron un promedio de 20 títulos por año; en años posteriores, que coinciden con estadías de Rama en Estados Unidos, ese ritmo fue decreciendo. Al momento de su muerte en 1983, la colección había superado los 100 títulos. Arráiz Lucca, en su panorama sobre la edición en Venezuela, no ahorra elogios al referirse a la Biblioteca: “... es una joya, orgullo de la venezolanidad, (...) En pocas palabras, una colección de clásicos hispanoamericanos que no tiene parangón en toda América Latina” (257).

Ahora bien, tanto la génesis de la colección y su historia, como su envergadura y proyección han sido largamente estudiados (en especial, Pacheco y Guevara Sánchez) y no voy a repetir aquí lo ya sabido. Solo agregar que, en la dirección de nuestras reflexiones, el americanismo heredado y el latinoamericanismo vigente encuentran en la Biblioteca su máximo momento de integración. Estamos en un nuevo ciclo de nomadismo político: una vez más, las égidas provocadas por las dictaduras generaron, como los españoles exiliados en México y Argentina, como los intelectuales peruanos en el Chile de los treinta, como los uruguayos en la Venezuela de los primeros setenta que estamos reseñando, lugares de acogida en donde se rehabilitan los debates nacionales pero fuera de las fronteras. No obstante, fue la Biblioteca Ayacucho, sin duda, el proyecto menos nacional y más integrador de todos, el que logró un suficiente grado de autonomía y lucidez –no olvidemos que se trata de un programa financiado por el Estado venezolano– para dar a conocer autores relevantes y poco difundidos, para combinar los clásicos con lo más destacado del presente (Rulfo, Carpentier, Cortázar, Lezama Lima), para aunar tradiciones disímiles y aun enfrentadas –como las crónicas de conquistadores y las literaturas mayas o guaranícas–, para sumar incluso a intelectuales de países como El Salvador y

Panamá cuya literatura no tenía presencia continental, para convocar a brillantes intelectuales y académicos en la redacción de prólogos, estudios preliminares y cronologías.

Dos historias paralelas

En el mismo sentido, y con relación a cómo se constituyen redes intelectuales alrededor de proyectos editoriales, y a la derivación de lo que hemos venido llamando el americanismo en el *latinoamericanismo*, quisiera referirme a dos casos que operan como altamente representativos e incluso pueden leerse, por sus similitudes, como historias paralelas. La historia de la desvinculación de Arnaldo Orfila Reynal del FCE es bien conocida. En 1965, la publicación de un libro, *Los hijos de Sánchez*, del antropólogo norteamericano Oscar Lewis, produjo una reacción nacionalista y conservadora desde el régimen de Díaz Ordaz y Orfila fue despedido de la dirección del Fondo (Sorá, “Edición y política...”). Esa decisión provocó la indignación generalizada de buena parte del mundo intelectual, y el apoyo solidario al editor cuando anunció la creación de un nuevo sello, Siglo XXI, que se constituyó oficialmente el 9 de marzo de 1966. En 2013, la editorial entonces creada publicó la correspondencia entre el escritor Carlos Fuentes y Orfila entre 1965 y 1979, un documento de enorme valor para entender el mundo editorial de aquellos años y las redes que los escritores e intelectuales tejieron con la doble finalidad de dar a conocer sus obras y de respaldar un proyecto ideológicamente afín. En carta de noviembre de 1965 desde Roma, Fuentes se refiere al despido de Orfila con una frase que será largamente citada: “Los hijos de Kafka, mi querido doctor, se han vengado de los hijos de Sánchez” (20), y en idéntica fecha escribe a Vicente Rojo: “... consulta con Orfila si hay manera de sacar mis libros actuales del Fondo de Cultura (¿podremos seguir llamándolo así?) y pasarlos a la nueva editorial si se forma, a Joaquín [Mortiz], a Era, a Sudamericana, a Barral, a lo que sea, pero no quiero seguir un minuto más en esa Gestapo de la mediocridad que se ha instalado a lo Hitler en el Fondo” (23-24). A partir de estas certidumbres, Fuentes se transformó en un verdadero embajador de Siglo XXI en Europa, en un gestor de nuevos títulos y firmas prestigiosas para el nuevo sello: en varias oportunidades,

se ofrece a Orfila para conseguirle las adhesiones de Neruda, Asturias, Alberti, Cortázar, Carpentier, Vargas Llosa; más adelante, las adhesiones se han transformado en solicitudes concretas para acercar títulos que jerarquicen el lanzamiento de la editorial. Él mismo se compromete a entregarle su nueva novela, promesa que cumple aunque algo demorada: *Zona sagrada* fue editada en 1967. Alejo Carpentier le promete a Fuentes la novela que está escribiendo, un proyecto que queda inconcluso: su sugestivo título iba a ser 1959; sin embargo, y después de un par de libros en Seix Barral, Carpentier se convertirá en un autor de la editorial de Orfila –allí publicó *El recurso del método* (1974), *La consagración de la primavera* (1978) y *El arpa y la sombra* (1979). También Julio Cortázar cumplió con su compromiso y le entregó al editor argentino los textos misceláneos de *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) y *Último round* (1969). Miguel Ángel Asturias, que estaba por esos años publicando sus libros en Losada, le envió *El espejo de Lida Sal*, editado también en 1967, justo el año en que el guatemalteco ganó el Premio Nobel. Mario Vargas Llosa, acaso por su sólido compromiso con Seix Barral, y aunque Fuentes da como firme su intención, nunca envió un libro para la editorial de Orfila. Jorge Herralde solía decir en broma que en sus inicios editoriales “había tenido dos obstáculos de cuidado: Franco y su censura, y Orfila y su Siglo XXI” (92). Se refería, claro está, a un brillante catálogo que parecía acaparar todas las novedades del intenso proceso de modernización teórica en el campo de las ciencias sociales. Se sumaba, de esta manera, a la vanguardia teórica y estética que habían comenzado a difundir, desde principios de los sesenta y desde la capital mexicana, ERA y Joaquín Mortiz (Añón), y que por los mismos años ponía en circulación, según vimos, Monte Ávila.

La historia paralela, también muy conocida, transcurrió en Buenos Aires. Es bien sabido que en 1958 se fundó la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). La iniciativa fue del Rector de la Universidad, Risieri Frondizi; y José Boris Spivacow, el gerente designado, fue quien comandó la empresa durante casi diez años. Lo que es menos sabido es que Risieri Frondizi le encargó el proyecto de creación de la editorial a Orfila Reynal (Álvarez y otros 35-61); en un mundo editorial que con el tiempo se fue complejizando, por aquellos años los nombres

se repiten y entrecruzan más allá de las fronteras. Si las editoriales universitarias se caracterizaban, hasta entonces, por editar libros de temáticas científicas dirigidos a un reducido número de especialistas, Eudeba produjo un impacto atípico mediante políticas editoriales en parte inéditas: tiradas numerosas y libros a muy bajo costo; sistema de distribución diversificado que incluía kioscos en las universidades, en las estaciones de trenes y subterráneos y en calles céntricas de alta circulación; cuidada selección de títulos, bajo el asesoramiento de un cuerpo de profesores universitarios, quienes también participaban de la producción y traducción de los libros; particular atención a la presentación visual de los ejemplares, para lo cual convocó a menudo a prestigiosos artistas plásticos (el *Martín Fierro*, ilustrado por Juan Carlos Castagnino, constituyó un notable éxito de ventas). Así, Spivacow y su equipo fueron afianzando un catálogo que se transformó en la biblioteca básica de una clase media en ascenso (Gociol, *Libros para todos...*), de una juventud que aspiraba a la profesionalización y engrosaba la matrícula de las principales universidades, e incluso de sectores económicos más bajos que, en la tradición sedimentada durante los procesos inmigratorios, depositaban en los libros expectativas de un futuro mejor y valores ligados a la distinción y el prestigio social. El golpe militar de 1966 que encabezó el General Onganía y la intervención de las universidades representada emblemáticamente en la llamada “noche de los bastones largos” abortó el proyecto. Fiel a sus ideales, Spivacow renunció a la gerencia de Eudeba y al poco tiempo, el 21 de setiembre de 1966, puso en marcha el Centro Editor de América Latina (CEAL). Como ocurrió en Eudeba, en el CEAL el editor se rodeó de un grupo de escritores y ensayistas que con el tiempo ocuparían un lugar central en el campo intelectual argentino: Susana Zanetti, Jorge Lafforgue, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Aníbal Ford, Jaime Rest, Jorge B. Rivera, entre otros. A poco de comenzar sus actividades, el CEAL firmó un acuerdo con la Cooperativa de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, y comenzó a distribuir su catálogo en los kioscos del país y de grandes capitales de América Latina. El formato un fascículo + un libro logró un rápido interés en el público y se multiplicaron las colecciones; algunas de ellas, como Capítulo y Transformaciones, cosecharon un notable prestigio (Gociol, *Más libros para*

más...). Como en Eudeba, la combinación de alta calidad de los contenidos (garantizado por el notable equipo de colaboradores) y un muy bajo precio de venta redundaron en el éxito de la empresa; éxito que hay que medir mucho más en cuanto a su impacto cultural que en cuanto a los beneficios económicos que produjo. Movido por una suerte de utopismo progresista, Spivacow creía que la divulgación del libro producía un efecto de concientización política y de democratización de los hábitos culturales. Esa certidumbre, en concordancia con los tiempos que corrían, hizo que el CEAL sumara a la voluntad de modernización científica y cultural que caracterizó a Eudeba, un inequívoco impulso de radicalización política.

Ahora podemos simplificar las historias paralelas: Orfila consolidó en el FCE un catálogo de fuerte impronta enciclopédica y americanista; lo echaron en el 65 y en el 66 fundó Siglo XXI, en el que se advierte la derivación hacia un latinoamericanismo con una clara inclinación de izquierda, sobre todo en su política de traducciones. Spivacow puso en marcha Eudeba mediante un catálogo universalista y ecléctico; lo echaron en el 66 y en el mismo año fundó el CEAL, en el que el criterio de selección de textos se orientó hacia lo latinoamericano, en un evidente sesgo de radicalización política. Hace algunos años, en la conferencia que citara al comienzo de estas notas, había formulado una pregunta: ¿hasta qué punto la presencia de un editor marca la política editorial de una empresa, o hasta qué punto es la empresa la que marca las decisiones editoriales de ese editor? Si en nuestros días la respuesta a esta pregunta parece ser la segunda, esto es, que cada vez más los editores deben adaptarse a las políticas comerciales de las empresas; hablar de Arnaldo Orfila Reynal, de Benito Milla o de Boris Spivacow significa adentrarse en una lógica de la industria y el mercado del libro muy diferentes, en la que el proyecto cultural e ideológico y aun la iniciativa personal marcaron el destino de las empresas, y en la que el carácter nómada de esas trayectorias enlaza realidades distintas, y habilita y requiere una perspectiva continental en nuestras investigaciones. Grandes hombres del libro que resultaron, a la vez, promotores y anfitriones de movimientos intelectuales y políticos, que posibilitaron la apertura del conocimiento y la actualización teórica, que otorgaron un lugar prioritario al pensamiento progresista y latinoamericanista, y que dieron cabida a las

vanguardias artísticas publicando a aquellos escritores que todos hemos admirado y disfrutado.

Coda

Por último, no ignoro que los conceptos aquí reseñados de americanismo y latinoamericanismo han sido caracterizados de un modo precario y solo tentativo. Quizás su funcionalidad haya sido la de indicar transformaciones en el campo editorial que, como hemos dicho, alcanzan aspectos que exceden el señalamiento de mutaciones ideológicas. En la historia de la edición se suele partir del proyecto editorial y analizar en los logros, limitaciones y contrastes de un catálogo la encarnación de idearios teóricos, políticos y estéticos específicos. En esta oportunidad, procuré transitar el camino inverso y preguntarme de qué manera esas redes encontraron en la vía editorial el modo de afirmar, propiciar y difundir un conjunto de ideas. Dado que la historia de editoriales tan significativas como el FCE, Sudamericana o Eudeba ya está, en buena parte, escrita, creí que la focalización sobre Ercilla de Chile y Monte Ávila de Venezuela podía constituir un aporte original a nuestras investigaciones. No obstante, cuando de redes se trata, resulta indispensable pensar cada proyecto desde una perspectiva ampliada y comparativa que le otorgue, a cada uno de ellos, su justo alcance y significación: eso he procurado en estas notas.

Bibliografía

Álvarez, Gonzalo; Alejandro Archain y Carlos Díaz. *Un editor de tres siglos. La vida y los libros de Arnaldo Orfila Reynal*. Buenos Aires: Eudeba, 2015.

Añón, Valeria. "Ediciones Era y Joaquín Mortiz: de los comienzos al catálogo". *Actas del Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, 2012. <http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/actas>. Web.

Arráiz Lucca, Rafael. "Imprentas y editoriales en Venezuela en el siglo xx: mínima crónica del furor por los libros". *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo xx*. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), 2000. 253-270.

Bergel, Martín. "Populismo y cultura impresa: La clandestinidad literaria en los años de formación del Partido Aprista Peruano". *Ipotesi. Revista de Estudios Literarios*, vol. 17, n° 2, Universidade Federal de Juiz de Fora, julio-diciembre de 2013. 135-146.

Castillo García, Eduardo. "Reseña histórica de la industria editorial en Chile". *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), 2000. 189-206.

Cosío Villegas, Daniel. "España contra América en la industria editorial". *Cuadernos Americanos*, vol. VIII, n° 1, enero-febrero de 1949. 59-71.

Cosío Villegas, Daniel. "La industria editorial y la cultura". *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*. Compilado por Gabriel Zaid. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. 1-26.

de Diego, José Luis (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

de Diego, José Luis. *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires: Ampersand, 2015.

de Diego, José Luis. "Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos". *Actas del Seminario Internacional "Hacia un marco metodológico y teórico para la historia de la edición"*. Universidad de Alcalá de Henares, 24 y 25 de noviembre de 2016.

Díaz Arciniega, Víctor. *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Fuentes, Carlos y Arnaldo Orfila Reynal. *Cartas cruzadas*. Presentación de Jaime Labastida, prólogo y notas de Ignacio Padilla. México: Siglo XXI, 2013.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Gilman, Claudia. "El factor humano y una rivalidad histórica: Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal". *Episodios en la formación de redes culturales*. Edición de Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Prometeo, 2009. 161-190.

Gociol, Judith (comp.). *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor del América Latina*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2007.

Gociol, Judith (comp.). *Libros para todos. Colecciones de EUDEBA bajo la gestión de Boris Spivacow (1958-1966)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2012.

Gramuglio, María Teresa. “Sur en la década del treinta. Una revista política”. *Punto de Vista*, año IX, n° 28. Buenos Aires, noviembre de 1985. 32-39.

Herralde, Jorge. *El optimismo de la voluntad. Experiencias editoriales en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Lago Carballo, Antonio y Nicanor Gómez Villegas (eds.). *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica / Siruela, 2007.

López Llovet, Gloria. *Sudamericana. Antonio López Llausás, un editor con los pies en la tierra*. Buenos Aires: Dunken, 2004.

Mejía, Eduardo. “La industria editorial en México, obra de personas más que de instituciones”. *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), 2000. 207-238.

Melgar Bao, Ricardo. “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile”. *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II. Dirigida por Carlos Altamirano. Buenos Aires: Katz Editores, 2010. 146-166.

Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.

Pacheco, Carlos y Marisela Guevara Sánchez. “Ángel Rama, la cultura venezolana y el epistolario de la Biblioteca Ayacucho”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, n° 22/23. Caracas: Universidad Simón Bolívar, 2003-2004. 99-136.

Picón Salas, Mariano. *Viejos y nuevos mundos*. Selección, prólogo y cronología de Guillermo Sucre. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 101, 1983.

Rama, Ángel. *Diario 1974-1983*. Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou. Caracas: Trilce / La Nave Va, 2001.

Rodríguez Monegal, Emir. “Nuevo diario de Caracas”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 2ª época, vol. 2, n° 2/4, enero-diciembre de 1973. 125-141.

Rodríguez Monegal, Emir. “Diario de Caracas”. *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, n° 200, julio-septiembre de 2002. 615-634.

Sánchez, Luis Alberto. *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena 1930-1970*. Lima: Ediciones Unidas, 1976.

Sarlo, Beatriz. “La perspectiva americana en los primeros años de Sur”. *Punto de Vista*, año VI, n° 17, Buenos Aires, abril-julio de 1983. 10-12.

Sorá, Gustavo. "Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60". *Revista del Museo de Antropología*, n° 1. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2008. 97-114.

Sorá, Gustavo. *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)*. Santiago: Lom Editores, 2000.

Torres, Alejandra. *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*. Montevideo: Yaugurú, 2012.

Valle, Gustavo. "Monte Ávila: el aporte argentino". *Clarín*. Buenos Aires, 24 de setiembre de 2012.

Zanetti, Susana. "Apuntes acerca del canon latinoamericano". *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Compilado por Susana Cella. Buenos Aires: Losada, 1998. 87-105.